

NACIDOS DE ARRIBA

La obra soberana del Espíritu Santo y la certeza del creyente

Estudio expositivo de Ezequiel 36:25-27; Juan 3:1-15

Pastor Valentín Navarrete Urbina

Bautistas Históricos · Reñaca · Casablanca · Zoom Cast

Texto bíblico

Juan 3:1-15 (RVR1960)

«Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos. Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él. Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu».

Introducción

Hay una herida silenciosa que recorre muchas congregaciones evangélicas, una herida que rara vez se confiesa en público pero que carcome el alma de incontables creyentes: la duda persistente sobre si su conversión fue suficientemente real. ¿Sentí lo que debía sentir aquella noche? ¿Lloré lo suficiente? ¿Fue genuina aquella oración hecha en el altar? ¿Por qué otros parecen tener una experiencia tan vívida y la mía fue tan ordinaria? Estas preguntas, lejos de ser señal de fe débil, son síntomas de una predicación deficiente sobre el nuevo nacimiento, una predicación que ha confundido la obra soberana del Espíritu Santo con una experiencia subjetiva que el creyente debe producir y autenticar.

La conversación entre Jesús y Nicodemo en Juan 3 contiene la respuesta divina a esta angustia. En ese diálogo nocturno, el Señor no establece una fórmula emocional para alcanzar el cielo, sino que revela la naturaleza misma del nuevo nacimiento como obra exclusiva del Espíritu Santo. Quien comprende correctamente este pasaje queda libre de dos errores opuestos: la presunción del religioso que confía en sus credenciales, y la ansiedad del converso que duda de su propia experiencia.

Esta exposición se estructura en cinco secciones (A–E), siguiendo el orden del texto y culminando en una aplicación pastoral diferenciada para los distintos oyentes que el Señor pueda traer a esta predicación.

A. El encuentro nocturno y el problema del religioso (Juan 3:1-3)

1. Quién era Nicodemo

El texto presenta a Nicodemo con tres credenciales que en el judaísmo del siglo I lo situaban en la cima de la respetabilidad religiosa. Era fariseo (φαρισαῖος), miembro del partido más comprometido con la ley y la tradición; era «un principal entre los judíos» (ἀρχων τῶν Ἰουδαίων), miembro probable del Sanedrín; y posteriormente Jesús lo llama «el maestro de Israel» (ὁ διδάσκαλος τοῦ Ἰσραήλ, v. 10), reconociéndole una posición de autoridad doctrinal. Estamos ante un hombre ortodoxo, moralmente íntegro, teológicamente formado, religiosamente activo.

Y sin embargo, Jesús le dice que no puede ni siquiera ver el reino de Dios.

2. La aproximación cautelosa

Nicodemo viene de noche. Los comentaristas han discutido si este detalle es meramente cronológico, prudencial (para evitar la observación de sus pares), o teológicamente simbólico (la oscuridad espiritual del religioso). En Juan, la luz y la oscuridad son categorías recurrentes (Jn 1:5; 3:19; 8:12; 12:35-36), y aunque no se debe forzar el simbolismo en cada detalle narrativo, es difícil leer Juan 3:2 sin recordar Juan 1:5: «la luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no la comprendieron».

Su saludo es respetuoso pero limitado: «Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro». Reconoce a Jesús como un maestro enviado por Dios, validado por las señales. Es la confesión correcta de un hombre que aún no ha nacido de arriba. Como observa Calvino en su comentario a este pasaje, Nicodemo se acerca con sinceridad pero con una teología insuficiente: cree que Jesús viene de Dios, pero no entiende que él mismo necesita venir de Dios mediante un nuevo nacimiento.

3. La respuesta cortante de Jesús

Jesús no permite la conversación cómoda entre maestros. Interrumpe el saludo con una declaración solemne, introducida por el doble «de cierto, de cierto» (ἀμὴν ἀμὴν λέγω σοι), fórmula que en el cuarto Evangelio marca afirmaciones de máxima autoridad. La declaración es absoluta: «el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios».

Note la fuerza de la frase. No dice: «el que no naciere de nuevo, tendrá una experiencia espiritual menos rica». Dice: no puede (οὐ δύναται) ver el reino. Es imposibilidad ontológica, no deficiencia gradual. Sin nuevo nacimiento, no hay visión del reino. Y esta afirmación se la dirige al teólogo más respetado de Israel.

Aquí ya está el primer golpe pastoral del sermón: la religiosidad correcta no salva. La pertenencia a una iglesia bautista histórica no salva. La ortodoxia confesional no salva. La conducta moral no salva. El conocimiento teológico no salva. Solo el nuevo nacimiento hace ver el reino.

B. La obra del Espíritu, no de la carne (Juan 3:4-8)

1. El malentendido de Nicodemo

La pregunta de Nicodemo en el v. 4 ha sido leída de dos maneras. Algunos la interpretan como burla sarcástica: el rabino doctor se mofa del lenguaje pintoresco del galileo. Pero el contexto sugiere más bien perplejidad sincera. Nicodemo está captando solo uno de los matices del término ἄνωθεν, el temporal («otra vez»), y desde esa lectura la afirmación de Jesús resulta absurda: nadie puede volver al vientre materno.

La incomprensión de Nicodemo es pedagógicamente útil para Juan, porque permite que Jesús desarrolle el verdadero significado del nuevo nacimiento. Y aquí entramos en una de las afirmaciones más importantes de toda la cristología joánica.

2. Nacer de agua y del Espíritu

«El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios» (v. 5). Esta frase ha generado varias interpretaciones a lo largo de la historia: algunos la han leído como referencia al bautismo en agua, otros como referencia al nacimiento natural («agua» = líquido amniótico) seguido del nacimiento espiritual, otros como hendíadís (una sola realidad expresada con dos términos).

La lectura más sólida exegética y teológicamente, y la que mejor encaja con la teología bíblica, es la que reconoce el trasfondo de Ezequiel 36:25-27, pasaje que Nicodemo, como maestro de Israel, debía conocer perfectamente:

«Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu».

Aquí están los dos elementos: agua (limpieza) y Espíritu (vida nueva). Jesús no está enseñando una doctrina novedosa, está aplicando a Nicodemo personalmente la promesa escatológica del Nuevo Pacto. Por eso en el v. 10 le reprocha: «¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?». Como bien expone D. A. Carson en su comentario, el agua y el Espíritu son las dos caras de una sola obra: purificación y regeneración, ambas obradas por Dios sobre el creyente.

3. La incompatibilidad de los dos órdenes

«Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es» (v. 6). Aquí Jesús establece una oposición radical entre dos órdenes, dos esferas, dos naturalezas. La carne (σάρξ) en sentido joánico no es solo el cuerpo, es la humanidad caída en su totalidad, separada de Dios y bajo juicio. El Espíritu (πνεῦμα) es la esfera divina, la vida del Reino.

Nadie pasa del primer orden al segundo por su propio esfuerzo. La carne no produce espíritu. La religiosidad humana, por más sincera o intensa, no genera vida espiritual. Esta es la ruina del moralismo y del decisionismo simultáneamente: ni la conducta correcta ni la decisión voluntaria atraviesan la barrera ontológica entre carne y Espíritu. Solo el Espíritu engendra Espíritu.

La Segunda Confesión Bautista de Londres de 1689, en su capítulo 10 (Del llamamiento eficaz), recoge esta misma enseñanza con precisión: aquellos a quienes Dios ha predestinado para vida los llama eficazmente, «sacándolos del estado de pecado y muerte en que están por naturaleza, a la gracia y salvación por Jesucristo... obrando en ellos de tal manera que vengan voluntariamente, siendo hechos voluntarios por su gracia». La nueva voluntad es efecto, no causa, del llamamiento eficaz.

4. El viento que sopla donde quiere

El v. 8 contiene una imagen tan rica que merece reposo pastoral: «El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu». El término πνεῦμα significa simultáneamente «viento» y «espíritu», y Jesús aprovecha el doble sentido para enseñar dos verdades cruciales:

Primero, la libertad soberana del Espíritu. El viento sopla «de donde quiere» (ὅπου θέλει). Tú no controlas cuándo, dónde, sobre quién o con qué intensidad sopla el Espíritu Santo. La regeneración es monergismo puro:

obra exclusiva de Dios, sin colaboración humana en su origen. Ni el evangelista controla los frutos de su predicación, ni el oyente puede forzar su propio nacimiento espiritual.

Segundo, la evidencia del Espíritu se conoce por sus efectos, no por la observación de su origen. «Oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va». Tú no necesitas haber visto el viento para saber que sopló: oíste el sonido, viste las ramas moverse, sentiste el aire en tu rostro. Igualmente, el nuevo nacimiento se conoce por sus efectos en la vida presente del creyente, no por la memoria fotográfica del momento exacto en que ocurrió. Esta es una de las claves pastorales más importantes para los hermanos atormentados por la duda conversional, y volveremos sobre ella en la sección D.

C. El doble sentido de ἄνωθεν: de arriba y de nuevo

1. La polisemia del término

El adverbio griego ἄνωθεν, usado por Jesús en los vv. 3 y 7, admite efectivamente dos sentidos atestiguados en el griego clásico, helenístico y bíblico:

- Sentido locativo: «de arriba», «desde lo alto» (énfasis en el origen).
- Sentido temporal: «de nuevo», «otra vez», «desde el principio» (énfasis en la repetición o recomienzo).

En el resto del Evangelio de Juan, ἄνωθεν aparece tres veces más, y en las tres el sentido es claramente locativo: «El que de arriba viene, es sobre todos» (Jn 3:31); «Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba» (Jn 19:11); «la túnica era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo» (Jn 19:23). Este patrón joánico inclina la balanza hacia el sentido locativo como matiz primario en boca de Jesús.

Pero la respuesta de Nicodemo en el v. 4 muestra que él entendió el sentido temporal: «¿puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre?». Juan, narrador inspirado, registra esta incompreensión deliberadamente, porque le sirve para mostrar que ambos sentidos están operando en la enseñanza de Jesús.

2. Ambos sentidos son verdad bíblica

Lejos de ser una elección entre dos opciones excluyentes, el doble sentido de ἄνωθεν enseña dos dimensiones complementarias del nuevo nacimiento que se sostienen mutuamente:

«De arriba» pone el énfasis en el agente. Dios es el origen. La regeneración desciende del cielo, no asciende desde la tierra. Es obra del Espíritu Santo, no producto de la voluntad humana. Esto preserva el monergismo y la gloria soberana de la gracia.

«De nuevo» pone el énfasis en la naturaleza del cambio. Es un comienzo radical, una nueva creación, una ruptura ontológica con el viejo hombre. No es mejora, es nacimiento. Esto preserva la realidad transformadora del evangelio frente al moralismo.

Calvino, en su comentario a Juan 3:3, reconoce ambas posibilidades del término y enseña que la realidad teológica las contiene a las dos: lo que nace de arriba es por eso mismo radicalmente nuevo. John Owen, en su monumental tratado sobre el Espíritu Santo (Pneumatología), desarrolla extensamente la doctrina de la regeneración como obra inmediata, soberana, e irresistible del Espíritu. La predicación reformada nunca ha tenido que escoger entre ambos sentidos, los ha sostenido juntos.

3. El peligro de absolutizar uno solo de los sentidos

Aquí está la raíz del problema pastoral que motiva esta exposición. Cuando una tradición predica solamente «nacer de nuevo» sin enraizarlo en «nacer de arriba», traslada el peso de la salvación del agente divino a la experiencia humana. El creyente comienza a preguntarse: ¿nacé realmente? ¿Fue genuino? ¿Lo sentí? ¿Lo

recuerdo bien? La conversión se convierte en un evento que el creyente debe verificar mediante la calidad recordada de su experiencia subjetiva. De ahí la angustia.

Cuando, en cambio, se predica solamente «de arriba» sin la dimensión transformadora del «nuevo», puede caerse en una doctrina abstracta que carece de evidencias verificables, abriendo la puerta a la presunción carnal.

La predicación bíblica sostiene los dos sentidos en tensión fructífera: nació de arriba (Dios es el agente, mi salvación está en sus manos) y por eso soy nueva criatura (hay evidencias presentes y observables de esa obra). La seguridad descansa en la fidelidad de Dios; las evidencias confirman que esa fidelidad ha obrado en mí.

D. La evidencia bíblica del nuevo nacimiento

1. La pregunta correcta no es la pregunta del recuerdo

Si el nuevo nacimiento es obra soberana del Espíritu, la pregunta pastoral correcta no es «¿recuerdo bien el momento en que nací de nuevo?», sino «¿hay evidencias presentes de que el Espíritu mora en mí?». Spurgeon dijo en uno de sus sermones sobre la conversión que muchos cristianos genuinos no recuerdan el día exacto de su conversión, así como un niño no recuerda el día de su nacimiento natural, pero está vivo, respira, crece, come y se desarrolla.

Esto no significa minimizar la conversión consciente. Muchos pueden y deben señalar un tiempo en que pasaron de la incredulidad a la fe. Pero la fecha no es lo que salva. La obra interior del Espíritu es lo que salva, y esa obra se evidencia en la vida actual del creyente, no en la calidad emocional de un recuerdo.

2. Las pruebas según 1 Juan

La carta de 1 Juan, que hemos venido exponiendo en la serie de las Doce Pruebas del Verdadero Creyente, es precisamente el texto bíblico que Dios ha dado a la iglesia para examinar la realidad de la regeneración. Juan escribe «para que sepáis que tenéis vida eterna» (1 Jn 5:13). Las pruebas que hemos predicado son objetivas y presentes:

- Confesión cristológica: confesar a Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios encarnado (1 Jn 2:23; 4:2-3; 5:1).
- Amor fraternal: amar a los hermanos en la fe con amor concreto y costoso (1 Jn 3:14; 4:7-8).
- Práctica de la justicia: vivir en obediencia a los mandamientos de Dios (1 Jn 2:3-6; 3:7-10).
- Discernimiento del error: rechazar la doctrina falsa por la unción del Espíritu (1 Jn 2:20-27; 4:1-6).
- Victoria sobre el mundo: no amar el mundo ni las cosas que están en el mundo (1 Jn 2:15-17; 5:4-5).

Note algo crucial: ninguna de estas pruebas pregunta por la intensidad emocional de su conversión. Todas examinan la realidad presente. Si el viento del Espíritu sopló sobre usted, hay evidencias. Si no hay evidencias, la pregunta no es si su experiencia fue suficientemente fuerte, sino si el Espíritu ha obrado en absoluto.

3. La seguridad reposa en la obra de Cristo, no en la experiencia del creyente

La Segunda Confesión Bautista de Londres de 1689, en su capítulo 18 (De la seguridad de la gracia y la salvación), enseña que esta seguridad es alcanzable y deseable, y descansa sobre tres fundamentos: la verdad de las promesas de salvación, la evidencia interna de las gracias del Espíritu, y el testimonio del Espíritu de adopción dando testimonio a nuestros espíritus de que somos hijos de Dios. Ninguno de estos tres fundamentos es la calidad recordada de una experiencia conversional pasada.

La seguridad bíblica mira hacia tres direcciones. Mira hacia arriba (a las promesas de Dios en su Palabra), hacia adentro (a la obra presente del Espíritu en frutos), y hacia atrás solo en sentido cristológico (a la obra consumada

de Cristo en la cruz, no a mi propia experiencia). El que mira solo a su experiencia para confirmar su salvación está construyendo sobre arena.

E. Aplicación pastoral diferenciada

1. Al hermano que duda por trasfondo carismático o decisonal

Si usted ha cargado durante años la pregunta atormentadora de si su conversión fue suficientemente real, escuche con cuidado: el nuevo nacimiento no se mide por la temperatura emocional de un momento, sino por la realidad presente del Espíritu en su vida. No se examine por la memoria del altar, examínese por 1 Juan. Si confiesa a Cristo como Señor, ama a los hermanos, anda en obediencia, discierne el error y no ama el mundo, hay evidencia bíblica de vida espiritual, aunque no recuerde el día ni la hora en que sopló el viento. Y si descubre debilidad en alguna de estas áreas, la respuesta no es desesperación introspectiva, sino acudir a Cristo de nuevo, hoy, para que el mismo Espíritu que comenzó la buena obra la perfeccione (Fil 1:6).

Su seguridad no descansa en la calidad de su experiencia pasada, sino en la fidelidad presente de Cristo y en la evidencia actual del Espíritu. Esto debiera ser un alivio enorme. Cristo no le pide que recuerde con precisión el día de su nuevo nacimiento; le pide que viva como hijo nacido de Dios.

2. Al hermano religioso tipo Nicodemo

Si usted ha confiado en su ortodoxia, su pertenencia a una iglesia bíblica, su conducta moral, su conocimiento doctrinal, o su servicio ministerial como prueba de que es cristiano, escuche la palabra de Cristo: os es necesario nacer de arriba. Nicodemo era más ortodoxo que muchos de nosotros y tenía más conocimiento bíblico que la mayoría, y Jesús le dijo que no podía ni siquiera ver el reino. La religión correcta no salva, el Espíritu sí. Examine no su currículum espiritual, sino la realidad de su corazón ante la Palabra.

3. Al inconverso bajo el sonido del evangelio

Si usted aún no ha nacido de arriba, el viento sopla soberanamente, pero el llamado del evangelio es real y eficaz cuando el Espíritu lo aplica al alma. Mire al Hijo del Hombre levantado, como Israel miró a la serpiente de bronce en el desierto (vv. 14-15). No mire su esfuerzo, su decisión, su sinceridad. Mire a Cristo crucificado y vivo. La fe que salva es fe en él, dada por el Espíritu, y produce el nacimiento que solo Dios puede obrar. Clame al Padre por ese nacimiento. Él da el Espíritu Santo a los que se lo piden (Lc 11:13).

4. Al hermano de la prisión, el CDP Casablanca

Para usted, hermano que escucha esta palabra desde el régimen interno: el nuevo nacimiento no depende de su libertad civil, ni de su pasado, ni de la opinión de los hombres. Depende de la obra soberana de Dios sobre el alma. El viento del Espíritu sopla incluso dentro de los muros más altos. Si Cristo lo ha llamado, las cadenas exteriores no impiden la libertad interior que él da. Examine por las pruebas de 1 Juan, no por la memoria de aquel culto donde levantó la mano. Su seguridad descansa en la fidelidad del Pastor que dio su vida por las ovejas.

Conclusión

La conversación nocturna de Juan 3 sigue confrontando dos mil años después al religioso, al ansioso y al inconverso por igual. A todos nos dice la misma palabra: os es necesario nacer de arriba. No hay reino sin nacimiento. No hay nacimiento sin Espíritu. No hay Espíritu controlado por el hombre. El viento sopla donde quiere, pero quienes han sido nacidos de él lo saben por los frutos, no por los sentimientos.

Aquel que mira atrás buscando seguridad en la calidad de su experiencia pasada está mirando al lugar equivocado. La seguridad bíblica mira a Cristo y mira los frutos presentes del Espíritu. Cristo es el ancla; los frutos son el termómetro. La experiencia pasada, en sí misma, no es ni ancla ni termómetro: es a lo sumo un recuerdo, y los recuerdos no salvan.

Que el Señor libre a su iglesia de la angustia introspectiva infundada, y a la vez de la presunción carnal sin frutos. Que el Espíritu Santo, que sopla donde quiere, sople hoy con poder regenerador sobre los que aún no han nacido, y con poder confirmador sobre los que sí. A Dios sea toda la gloria, porque suya es la obra, suyo es el llamado, y suya es la salvación.

Soli Deo Gloria

Apéndice I: Himnos sugeridos (Celebremos su Gloria)

La selección himnológica busca reforzar las verdades de la regeneración monergista, la seguridad bíblica y la centralidad de Cristo, evitando himnos de tono decisional o emocionalista que contradigan el mensaje del sermón.

Apertura — exaltación de la gracia soberana:

- «Sublime gracia, ¡cuán dulce el son!» (Amazing Grace) — John Newton. Texto magistral sobre la gracia que halla, redime y guarda; testimonia que la salvación es obra de Dios desde el principio hasta el fin.
- «Cuán firme cimiento» (How Firm a Foundation) — Anónimo, traducción al español de larga tradición. Sobre la fidelidad de las promesas de Dios como base de la fe del creyente.

Después de la exposición — confesión de la obra del Espíritu:

- «Roca de la eternidad» (Rock of Ages) — Augustus Toplady. La salvación no descansa en la obra del creyente sino en la sangre y agua que brotaron del costado de Cristo: «Nada en mis manos traigo, simplemente a tu cruz me aferro».
- «Mi esperanza firme está» / «Cristo, mi Roca eterna es» (The Solid Rock) — Edward Mote. Antídoto poético directo contra la fundación de la seguridad en la experiencia subjetiva: «Mi esperanza firme está sobre Cristo el Salvador, todo lo demás es arena que se hunde».

Cierre — entrega y adoración:

- «A Cristo coronad» (Crown Him with Many Crowns) — Matthew Bridges. Adoración cristocéntrica que cierra apropiadamente un mensaje sobre la obra soberana del Hijo del Hombre levantado.
- «Jesús es mi Rey soberano» — Vicente Mendoza. Confesión latinoamericana clásica de la realeza de Cristo sobre la vida del creyente.

Nota: los números exactos de cada himno en la edición de Celebremos su Gloria que utilice la congregación deberán verificarse en el índice del himnario, ya que han variado entre ediciones.

Apéndice II: Bibliografía consultada y de profundización

Comentarios exegéticos:

- Calvino, Juan. Comentario al Evangelio de Juan, sobre Juan 3:1-15.
- Carson, D. A. The Gospel According to John (Pillar New Testament Commentary). Eerdmans.
- Köstenberger, Andreas J. John (Baker Exegetical Commentary on the New Testament). Baker.
- Morris, Leon. The Gospel According to John (NICNT). Eerdmans.
- Beasley-Murray, George R. John (Word Biblical Commentary). Word.

Teología sistemática reformada sobre la regeneración:

- Owen, John. Pneumatologia: Discourse Concerning the Holy Spirit, Libro III (sobre la regeneración).
- Lloyd-Jones, D. Martyn. God the Holy Spirit (Great Doctrines of the Bible, vol. 2).
- Murray, John. La redención consumada y aplicada, capítulo sobre regeneración.
- Packer, J. I. El conocimiento del Dios santo, capítulos sobre adopción y seguridad.

Sobre conversión genuina vs. decisionismo:

- Reisinger, Ernest. Lord and Christ: The Implications of Lordship for Faith and Life.
- Washer, Paul. The Gospel Call and True Conversion.
- Chantry, Walter. ¿Evangelio de hoy? ¿Auténtico o sintético?

Documentos confesionales:

- Segunda Confesión Bautista de Londres de 1689, capítulos 10 (Del llamamiento eficaz), 17 (De la perseverancia de los santos) y 18 (De la seguridad de la gracia y la salvación).
- Catecismo Bautista de 1693 (Keach), preguntas sobre regeneración, fe y arrepentimiento.

Soli Deo Gloria

<i>Sección del Estudio</i>	<i>Textos de Apoyo Principales</i>	<i>Propósito</i>
<i>A. Nicodemo y el problema del religioso</i>	<i>Juan 1:12-13; Romanos 9:16</i>	<i>Mostrar que credenciales religiosas no salvan</i>
<i>B.2 Nacer de agua y del Espíritu</i>	<i>Ezequiel 36:25-27; 1 Pedro 1:3</i>	<i>Identificar el trasfondo profético de Juan 3:5</i>
<i>B.4 El viento que sopla donde quiere</i>	<i>Juan 3:8; Ezequiel 37:14</i>	<i>Demostrar soberanía e incontrolabilidad del Espíritu</i>
<i>C. El doble sentido de ἄνωθεν</i>	<i>Juan 3:31; 19:11 (contexto de «de arriba»)</i>	<i>Mostrar el énfasis locativo en el Evangelio de Juan</i>
<i>D. Evidencia del nuevo nacimiento</i>	<i>1 Juan 5:13; 2:3-4; 3:14; 2:29</i>	<i>Establecer pruebas objetivas para la seguridad</i>
<i>E. Aplicación pastoral</i>	<i>Juan 3:14-15; Números 21:9</i>	<i>Dirigir la mirada a Cristo como fuente de salvación</i>
<i>Confesional</i>	<i>Confesión Bautista 1689 (caps. 10, 18)</i>	<i>Fundamentar teológicamente monergismo y seguridad</i>